

## UNA NOTA SOBRE LAS «FORMAS DESCOMPUESTAS EN EL ESPAÑOL ANTIGUO» *RFE*, 1963, XLVI, PP. 31 - 48

En un artículo corto pero muy denso y bien documentado, el filólogo checoslovaco Josef Dubsky ha demostrado qué frecuentes eran en el español antiguo una serie de construcciones perifrásticas. De ellas —como advierte el mismo Dubsky— ya había tratado Menéndez Pidal<sup>1</sup>; sin embargo, hasta ahora, quizá no han recibido toda la atención que merecen en los estudios de gramática histórica castellana.

Dubsky se interesa por las formas perifrásticas verbales, que denomina «formas descompuestas», a saber: giros de los dos tipos siguientes: (a) verbo auxiliar o semiauxiliar + sustantivo de actor o de agente; p. ej., *como sodes sabidor* (*Poema de Mio Cid* I. 295); (b) verbo auxiliar o semiauxiliar + nombre de acción; p. ej., *dar salto* (*PMC* 1714 *et passim*). En la mayor parte del artículo se dedica a ilustrar, por medio de una serie de listas bastante extensas, las construcciones de esta índole que se hallan en textos antiguos; luego, el autor procede, en una sección final mucho más breve, a darnos su explicación de los fenómenos descritos. Sus conclusiones teóricas podrían resumirse así, con sus propias palabras: «la facultad que tuvo el latín de expresar la idea de acción por una construcción verbonominal se halla amplificada y enriquecida en el español antiguo»...[No] «hay que atribuir la frecuencia de dichas construcciones a la pobreza del vocabulario del idioma antiguo.» Si fuera así, «el número de ellas iría en disminución con el desarrollo de la lengua, y, sin embargo, los autores y diccionarios de los siglos siguientes enriquecen la lengua con nuevos giros descompuestos.» Dubsky ve en tales giros el desarrollo de «una tendencia que puede ser observada también en el latín» (además de en otras lenguas y grupos de lenguas), y lo considera como otra manifestación de la «tendencia analítica» de que han hablado otros filólogos. (Es interesante notar que Dubsky considera el

<sup>1</sup> *Cantar de Mio Cid*, II, parágrafo 152.

desarrollo como fruto de inspiración «popular» y no culto, y nos preguntamos si aquí no trascienden a la filología puntos de vista políticos.)

Ahora bien, agradeciendo la documentación aportada por Dubsky, su explicación del fenómeno en cuestión como algo que surge dentro del seno del latín y de las lenguas neolatinas no me parece completamente satisfactoria, y me propongo aquí sugerir que algunas influencias morfosintácticas arábicas han podido influir también en ese desarrollo. No digo que estos giros se deban exclusivamente al árabe, sino que algunas tendencias de origen árabe han podido reforzar, en un momento crítico de la historia de la lengua, las llamadas tendencias analíticas ya existentes.

El influjo del árabe sobre el español pudo ejercerse de dos modos: primero, directamente sobre la lengua hablada por personas bilingües, y en segundo lugar, por la vía culta de las traducciones. El bilingüismo debió de ser muy común hasta el siglo XIII en la Península Ibérica, y esto, sobre todo, en las capas superiores de la sociedad. ¿En qué lengua habló Alfonso VI a Al-Ma'mun en Toledo? ¿o el Cid a Al-Mu'tamid en Sevilla? No lo sabemos, pero me extrañaría que hubiese sido siempre en romance. El árabe era, en el siglo XI y en el siglo XII (época tan formativa), idioma de gran prestigio, y sus giros y frases hechas debieron de influir en el habla de los cristianos del norte. Luego, en el siglo XIII, época en que el bilingüismo empezaba a ser quizá menos necesario para la aristocracia cristiana, se produjo otra ola de arabismos debidos a las traducciones al castellano patrocinadas por el Rey Sabio. Es muy difícil documentar la primera ola —la que se produjo en los siglos X-XII en el mismo acto del hablar— aunque creo que podemos rastrear algún que otro ejemplo en el *Poema de Mio Cid*. En el siglo XIII el influjo era más bien literario; por lo tanto, más fácil de documentar. Todo aquel que sepa un poco de árabe y haya leído textos alfonsíes (máxime, los textos traducidos del árabe, pero incluso también los que fueron redactados en «castellano derecho»), habrá notado el sabor arabizante del período. Galmés de Fuentes<sup>1</sup> se ha adentrado en la cuestión, y en un artículo muy conocido, eso sí, pero que quizá no haya recibido el aplauso que merece, nos ha mostrado con muchos detalles cómo no solamente la carne del vocabulario, sino también la osamenta morfosintáctica del castellano del siglo XIII, debían mucho al árabe.

Me parece probable que giros de ambos tipos —(a) *como sodes sa-*

<sup>1</sup> V. GALMÉS DE FUENTES, *Influencias sintácticas y estilísticas del drabe en la prosa medieval castellana*. *BRAE*, 1955, XXXV, pp. 213-275, 415-451, 1956, XXXVI, pp. 65-131, 255-307.

*bidor* y (b) *dar salto* correspondan, en ciertos casos, a arabismos. Consideremos primero el giro tipo (a). Se parece mucho a la construcción árabe en que se emplea el *nomen agentis* (*ism fā'il*) para reemplazar las formas finitas del verbo (p. ej., *kāna zaydun fā'ilan* en vez de *kāna yaf'ulu*). Los giros castellanos como «Como sodes sabidor» (= como sabes) se parecen mucho a estos giros árabes, y me parece muy probable que la frecuencia de las construcciones con verbo + sustantivo de actor en español medieval se deban, por lo menos en parte, a la influencia en árabe del *nomen agentis* en las frases descritas.

En un principio parece mucho menos probable que los giros del tipo (b) *dar salto* sean de origen árabe o que influencias hispanoárabes hayan contribuido a su diseminación, dada la riqueza extraordinaria del sistema verbal del árabe. En los idiomas indoeuropeos a veces surgen dificultades cuando el que habla quiere verbalizar un concepto nominal, cosa que no siempre es posible, mientras que en árabe hay un verbo que corresponde a toda raíz nominal, casi sin excepción. El árabe casi siempre tiene a mano una forma puramente verbal, y raras veces siente la necesidad de acudir a giros perifrásticos. ¿Cómo ha podido dar la pauta analógica para los giros tipo (b), entonces? Sin embargo, si tenemos en cuenta lo que sucede en otra lengua indoeuropea tal como es el persa cuando se dio el caso de la adopción por esta lengua del vocabulario árabe casi en su totalidad, percibimos que hay un paralelo muy instructivo entre las dos lenguas. En persa hallamos una profusión de giros perifrásticos del mismo tipo. A decir la verdad, tal es la riqueza de construcciones perifrásticas en persa, que llegan a predominar sobre los verbos «sencillos». No todos los giros se forman a base de un verbo auxiliar persa + un sustantivo árabe, pero la receta se utiliza muy a menudo. Hasta los conceptos más elementales y más básicos se expresan mediante una locución de esta forma: p. ej., 'pensar' se dice muy bien (y sin un ápice de afectación) *Fekr kardan*, locución en la cual *fekr* es un nombre verbal (*mašdar*) árabe (= 'pensamiento') y *kardan* un verbo indoeuropeo (= 'hacer'). En cualquier gramática del persa moderno se encontrarán muchísimos ejemplos de esta pauta morfosintáctica.

Ahora bien, no me parece que tal paralelismo entre el persa y el castellano se deba a pura casualidad. Hemos aquí frente a dos casos de la misma respuesta al mismo estímulo (para emplear el vocabulario biológico de Toynbee). Ante el problema: ¿Cómo introducir en una lengua indoeuropea elementos verbales semíticos? (y, partiendo de la base de que el verbo semítico es tan complejo y tan ajeno), cada lengua encuentra una solución dejando el *mašdar*, nombre verbal, casi intacto (con el mínimo de adaptación a la morfología castellana; p. ej., *al-'ard* >

'alarde') pero engastándolo en una frase mediante un verbo auxiliar tal como «hacer» o «dar».

Otra solución del problema, claro está, es la de dar a la raíz trilateral del árabe las desinencias verbales de un verbo español, como sucede en el caso de «robdar», más tarde «rondar», de la raíz *r-b-t*; pero tal grado de asimilación no se da fácilmente, y para que la palabra tomara carta de nacionalidad era preciso que pasara por la etapa nominal «arrobdar» (*Poema de Mio Cid* I. 658). De ahí deriva un hecho constatado por muchos: que los arabismos nominales del español sean más numerosos que los verbales; la explicación de tal fenómeno es muy sencilla: los verbos se adaptan mal por dificultades de orden morfológico, y si es necesario acomodar un verbo árabe a la morfología del español, es más fácil crear un giro perifrástico tal como «hacer alarde».

Por estas razones me parece probable que la influencia árabe no sea ajena al inmenso desarrollo de las formas descompuestas del tipo (b): si no ha obrado directamente, por lo menos habrá dado una pauta, un modelo para la elaboración de otros giros formados con palabras de pura cepa latina. De todos modos, no es lícito estudiar el desarrollo de este fenómeno morfosintáctico sin tener en cuenta la posibilidad de una aportación semítica, una aportación indirecta, por lo menos, a este aspecto de la morfología del español.

Debemos agradecer a Dubsky el que nos haya llevado a tratar de este problema, y aportado una primera documentación: ahora necesitamos un análisis de las fuentes de la lengua antigua, teniendo en cuenta no sólo la posibilidad de un desarrollo interno, sino también la de una influencia externa y extranjera.

L. P. HARVEY